

De la lectura controlada a la lectura emancipada

artículo

Fernando Franzetti
(ffranzetti@tomasdeberlanga.edu.ec)

La lectura, actividad fundamental para la adquisición de conocimiento y la formación de pensamiento crítico, ha sido históricamente objeto de control y regulación. Desde gobiernos autoritarios, fanatismos religiosos y también desde la educación formal se ha intentado imponer límites y constricciones a lo que se puede leer, cómo se debe interpretar e incluso a los propósitos mismos de lectura.

Creo que es primordial, si queremos construir comunidades lectoras, apasionadas y dispuestas a conmoverse por la lectura, cuestionar el concepto de “control” (tan caro a las instituciones de disciplinamiento modernas) y bregar por prácticas de lectura des-controlada, libres de las ataduras y regulaciones impuestas por burócratas de la enseñanza.

Intentemos ahora un ejercicio mayéutico: ¿Qué es el control? ¿Todos tenemos la misma idea acerca del control? ¿Qué implica controlar?

Según la RAE, *control* es “limitación o regulación” de algo. Algunas palabras asociadas son *comprobación, inspección, registro, verificación, fiscalización*, etc.

Sigamos enarbolando preguntas: ¿Qué actividades deberían controlarse? ¿Por qué? ¿Alguna vez controlaste a alguien? ¿Alguna vez te sentiste controlado? Cuando lees ¿alguien te somete a un



control de lectura? ¿Por qué controlar la lectura? El control de lectura, ¿ha coadyuvado a desarrollar comunidades de lectura, lectores ávidos y acérrimos?

Teniendo en cuenta el campo semántico del significante “control”: ¿Somos conscientes de que detrás del gesto de controlar, subyace la sospecha y la desconfianza? ¿Tenemos en cuenta que el control implica la verificación de algo, y, por lo tanto, se trata de examinar la verdad de un asunto?

En nuestra trayectoria educativa, ¿hemos sido sometidos a controles de lectura? ¿Siempre? ¿Jamás hubo experiencias de lectura des-

controlada, es decir, libre? ¿Qué sería una lectura descontrolada? ¿Cómo te imaginas una escuela, un sistema educativo, una sociedad, que promuevan prácticas de lectura descontrolada?

Pensemos ahora en nuestros ídolos, nuestras inspiraciones y referentes en el campo literario: ¿Creen que se aplicaban controles de lectura a sí mismos, o más bien leían voraz, descontroladamente? Jorge Luis Borges dijo alguna vez que había interrumpido su educación para ingresar a la escuela.

El escritor argentino dijo también (como Saramago, como Faulkner, como García Márquez y tantos otros) que la lectura es un placer y una de las formas de la felicidad. Y nadie puede obligarnos a ser felices (Borges, 1979). Tampoco a leer. Entonces ¿por qué aplicar controles sobre el placentero acto de leer?

(Te dejo a vos, leyente, que sigas

Esta manera de concebir la lectura es un fruto típico de la razón instrumental, que desprecia la potencia del leer porque sí, no como un medio para aprobar un examen o contestar un cuestionario.

haciéndote preguntas. Prometo que no voy a controlarte. Sos libre, incluso de no leer este ensayo).

El control de la lectura, en sentido amplio, se manifiesta de diversas maneras. En la educación se impone un canon literario que refleja los intereses y valores dominantes, marginando obras y autores que desafían el *statu quo*. La censura, bajo pretextos de moralidad o seguridad (muchas veces miedo) aparta obras consideradas “inapropiadas” o “subversivas”.

Incluso en la vida cotidiana, la presión social y los medios de comunicación influyen en lo que se considera “aceptable” o “conveniente” leer. Muchas veces, además, se mutilan, cercenan y desnaturalizan obras literarias con el pretexto de una supuesta nivelación, sacrificando el estilo y la belleza originales (el *aura*, diría Walter Benjamin).

El foco de este artículo es repensar el control de lectura como herramienta que se administra en las escuelas para evaluar la comprensión de un texto. Este control tiene consecuencias perniciosas: la lectura se convierte en una actividad utilitaria, orientada a cumplir objetivos preestablecidos, en lugar de ser una experiencia personal y transformadora.

La imaginación y la curiosidad se ven limitadas, y la capacidad para cuestionar y reflexionar se atrofia. Esta manera de concebir la lectura es un fruto típico de la razón instrumental, que desprecia la potencia del leer porque sí, no como un medio para aprobar un examen o contestar un cuestionario. Más bien se trata de liberar la interpretación, que la lectura sea una línea de fuga hacia lugares in-

definidos: puro devenir. No es que el docente tenga que desentenderse de su tarea: se trata de que propicie y estimule preguntas que vayan más allá del famoso control.

Recuerdo una vez cuando, en una prueba de la escuela, luego de leer una narración (¿de Cortázar tal vez?), tenía que contestar la consigna: *describe al protagonista del cuento*. Y recuerdo cuál fue mi respuesta: *Cortázar ya lo hizo mejor que nadie*.

Los controles de lectura me enajenaban; a mí me gustaba recrear lo leído, actividades que implicaran la creatividad, no la mera reproducción sin sentido. Y también recuerdo que mis compañeros, en general, contestaban aplicadamente cada pregunta del control: casi nadie desarrolló un gusto especial por la lectura, ni se acuerdan de las características del protagonista del cuento que tuvieron que describir de memoria hace más de veinte años.

La lectura descontrolada abre las puertas al misterio del acontecimiento (cfr. Badiou). Liberándonos de los límites impuestos, accediendo a diversas perspectivas, desprejuiciada y abiertamente, leyendo por el placer de leer, como quien bucea perplejo por primera vez, el acto de leer se restaura, prístino, enriqueciendo nuestra vida interior y la experiencia humana al revitalizar los lazos de empatía e identificación con estilos y personajes (cfr. sinfronismo).

Hemos dejado flotando la idea de la sospecha y la desconfianza, y quisiera profundizar en este aspecto decisivo: el acto de controlar implica una desconfianza hacia el lector, negando su capacidad de agencia. Como afirma Laurence

Cornu (2002), la confianza es una hipótesis sobre la conducta futura del otro. Es una actitud que concierne al futuro, en la medida que este futuro depende de la acción del otro. Es una especie de apuesta que consiste en no inquietarse por el no-control del otro y por el tiempo (p.19).

La confianza, dirá Cornu (1999), “es transitiva, instaura el ser, lo instituye. La confianza emancipadora reposa, en su decisión, no tanto sobre pruebas sino sobre ficciones” (p. 73). Al controlar la lectura, se socava esta confianza, perpetuando una relación de poder desigual entre el controlador y quien lee. Es tiempo de invertir esta lógica y confiar en la capacidad de quien lee para leer sin ataduras (y sin garantías): “Es el salto, no el paso, lo que posibilita la experiencia” (Heiner Müller, 1987).

La lectura descontrolada es un paso vital hacia la emancipación. Dejemos los controles a los burócratas. Dedicuémonos a la ¿utopía? de desatar el frenesí por la lectura. Para ello es indispensable confiar, y para confiar es imprescindible tener fe.

Referencias

- Borges, J. L. (1979). *Borges para millones*. Entrevista realizada en la Biblioteca Nacional.
- Cornu, L. (1999). La confianza en las relaciones pedagógicas. En G. Frigerio (Comp.) *Construyendo un saber sobre el interior de la escuela*. Edición Novedades Educativas.
- Cornu, L. (2002). Responsabilidad, experiencia, confianza. En G. Frigerio (Comp.), *Educación: Rasgos filosóficos para una identidad*. Santillana. Colección Saberes claves para educadores.